

Conforme se recorre la región se van descubriendo, o recordando, paisajes, costumbres, historias, personajes que, de una forma u otra, nos han traído hasta aquí. Detenerse en cada uno de ellos sacude los sentimientos para valorar su importancia y para, en su caso, contarlo a las generaciones que no tuvieron vivencias próximas y que nadie, o muy pocos, les han enseñado. Este es uno de los aspectos que al Grupo de Opinión nos hace atractivo el plan de viajes y visitas.

En esta ocasión les contaremos lo que ha sido, es, y está llamado a ser, el Cebas-CSIC (Centro de Edafología y Biología Aplicada del Segura). Nada más adentrarnos en el conocimiento del Centro, cuyas instalaciones comparte espacio con el Campus Universitario de Espinardo, la historia sale a nuestro encuentro para decir cosas importantes de nuestro pasado, pero también para ponernos al día en cuanto al presente, así como del futuro que se prepara. Era finales de los años cincuenta, principios de la década de los sesenta, cuando la extinta Diputación Provincial acordó crear el Instituto de Orientación y Asistencia Técnica del Sureste (IOATS), vinculado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la mano de dos grandes hombres amantes de la Región y dotados de una gran visión de lo que habría de ser su futuro. Nos estamos refiriendo a Octavio Carpena Artés y Antonio Reverte Moreno. Ellos fueron los autores del informe definitivo que hizo posible el Trasvase Tajo-Segura y los que despolvaron aquella obra extraordinaria que llevaba por título 'El regadío murciano, problema nacional' del Profesor e Ingeniero Lorenzo Pardo, y coordinado por D. Manuel de

El Cebas, motivo de orgullo y gratitud de Murcia

Tenemos razones para airear a los cuatro vientos la trascendencia que para la Región tiene la dedicación de todos los que le sirven

LOS ESPECTADORES

GRUPO DE OPINIÓN DE LA REGIÓN DE MURCIA

Torres. Creemos que a esos protagonista de nuestra historia no se les ha hecho justicia, les han dejado pasar con respeto pero callando los méritos y sin corresponderles como era procedente. Pero su obra está ahí. Confiemos en que el tiempo, como dice el refrán, «coloque a cada uno en su sitio». Como se dijo entonces, «..era la visión eficaz del político que mira a lo lejos y sabe que el camino de la recuperación empieza en los laboratorios y en los libros..».

En aquel instituto participaron personas de gran de gran relieve. Angel Ortuño, por citar al representante de muchos de ellos. De aquella iniciativa procede lo que actualmente conocemos por Cebas, uno de los centros de Investigación de mayor trascendencia –dependiente del CSIC– tanto nacional como internacional, que nos procura satisfacción y orgullo y, por tanto, gratitud por lo que nos aportan en tér-

minos de resultados y de prestigio. En huertano diríamos, si el lector lo permite, que al Cebas-CSIC lo hemos colocado en lo que llamamos «leja de los platos finos», en la que situamos los indicadores que nos permiten presumir ante los demás.

Pero si lo dicho es una parte importante e irrenunciable de nuestra historia, no lo es menos el devenir del Centro. Entre 1981 y 1983, con motivo del proceso autonómico, se transfieren las competencias en materia de agricultura e investigación, y desde entonces, y sin perjuicio de su coordinación con el Imida, por ejemplo, ha hecho de su sede acampada permanente de la Investigación, el Desarrollo y la Innovación. Tenemos razones para airear a los cuatro vientos la trascendencia que para la Región tiene la dedicación de todos los que le sirven y le han servido y, sobre todo, la proyección de los resultados que los dife-

rentes grupos de trabajo llevan a efecto cada día y en cada oportunidad que tienen para resolver. La verdad es que son los primeros en todas las instancias y los más demandados por la eficacia demostrada. Nosotros, la Región, somos sus principales beneficiarios. De ahí que la realidad económica sea reflejo, entre otras instituciones, de su buen hacer.

No se trata de formular afirmaciones generales porque no conllevaría credibilidad. Se requiere concretar resultados y, en lectura rápida, como innegable testimonio, se ofrece al sector agrícola que, además, ha sido quien mejor ha soportado los efectos de la crisis económica. Eso no es así por casualidad. Se ha conseguido porque al esfuerzo del productor se han incorporado las nuevas tecnologías, consecuencia de las investigaciones de los técnicos y de la acción de formación

de quienes dedican su actividad a esta rama de la economía. Somos una región que más riego localizamos tenemos instalados, es decir, obtenemos la máxima rentabilidad desde estrategias concebidas para combatir el déficit estructural que nos afecta. No precisa de mayor comentario. La verdad es que ese rigor se extiende a procesos que conducen a la producción sostenible de alimentos saludables y de alta calidad. Extraordinarias resultan las nuevas variedades de frutales y de almendros. Por lo dicho y mucho más, el presente de la industria alimentaria es positivo hasta el extremo de representar uno de los ejes básicos para el crecimiento.

Cuando realizamos la visita y salimos empapados de lo que desde el Cebas-CSIC realiza y aporta al desarrollo de Murcia, asumimos el compromiso y la responsabilidad de contarlo a todos. No porque se ignorara, que es imposible, sino porque, con demasiada frecuencia no recordamos muchos de los valores que la Región tiene. Preferimos, quizás, refugiarnos en el victimismo en lugar de alzar la voz para llamar la atención sobre lo importante que tenemos. El Centro de Edafología y Biología Aplicada del Segura, comprendiendo sus departamentos y la rica variedad de las investigaciones que lleva a efecto, es motivo para impulsar el mejor conocimiento de la sociedad y, desde luego, para la gratitud de todos.

Los integrantes del grupo de opinión 'Los espectadores' son: José Ortiz, Palmiro Molina, José Antonio Ballester, Francisco Pellicer, Joaquín Ballester, Juan Antonio Mora, Antonio Olmo, Francisco Pedrero, Clemente García, Jesús Fontes, Antonio Pita, Ildelfonso Riquelme, José Clavel, Eusebio Ramos, Tomás Zamora, Juan Antonio Lajarín.

Morir para contarla

JAVIER POLO ALBA



La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla, escribió García Márquez en el pórtico nada inocente de sus inacabadas memorias. Con toda intención, el autor nos advierte de que lo que vamos a leer a continuación no es un relato fiel de lo que realmente sucedió, sino su transmutación mágica por medio de la palabra y el recuerdo, la narración fraguada en el molde de la Literatura mediante el verbo y la memoria. ¿Cuál es la diferencia entonces con una novela? Y nos avisa además, ya desde el principio, de una convicción cuando menos sorprendente: la esencia y el fin de la vida no consisten en vivirla, al menos en la acepción usual que le damos al término, sino en recordarla para poder contarla. ¿Puede hacerse una profesión de fe en la creación literaria más profunda y definitiva que ésta, que otorga a la Literatura nada

menos que el papel de origen y fin de la vida humana, como otros se lo atribuyen a Dios? Nunca sabrá Vargas Llosa cuánto acertó al definir 'Cien años de soledad' como deicidio y a su autor como suplantador divino.

Viene todo esto a cuento por la muerte de Gabriel García Márquez. Quiero decir, por la desaparición física de una realidad biológica que en la vida civil llevaba ese nombre. Y el hecho biológico, es sabido, al igual que tiene un origen tiene un final, y ninguno de los dos cobraría sentido cabal sin el otro. Pero la otra realidad que conforma al ser humano –la mental, la espiritual, la cerebral, la del alma, como ustedes preferían–, ésa es inmortal, no está sometida a los plazos fatales de la vida y la muerte. Cada uno de nosotros, y cuantos nos precedieron en este peregrinaje en ocasiones casual y absurdo, en ocasiones pleno de significado, que llamamos existencia, deja en el mundo

una huella que pervive en el recuerdo de otros, de modo que, tras morir, nuestro ser se extiende y permanece durante una porción de tiempo que es una indeterminada forma de inmortalidad. Lo que ocurre, sencillamente, es que algunos pocos elegidos nacen con la implícita finalidad de crear una obra que, irónicamente, la inmensa mayoría sería incapaz tan siquiera de imaginar pero de la que al mismo tiempo se ha de beneficiar. Esto es: esos pocos hacen avanzar hacia el infinito el carro en el que todos los demás viajamos, por lo que su memoria pervive para la eternidad.

Gabriel García Márquez es uno de esos excelsos aurigas. Desde 'La hojarasca' hasta 'Memoria de mis putas tristes', su obra narrativa, sus cuentos y novelas, forman un corpus que por su coherencia y profundidad roza la perfección, esa perpetua ambición humana que solo los dioses alcanzan. Cada libro puede leerse por separado y en el orden –o desorden– que se desee, y la impresión que el lector se llevará consigo para siempre será que el autor ha logrado atrapar en la red de las palabras una parte importante y decisiva de la vida, transmutándola en belleza y explicándola con la luminosidad y sencillez de una verdad esencial. Pero es cuando se contempla a la distancia y con la perspectiva global que dan los años y las lecturas repetidas cuando uno percibe que todos los relatos se funden en uno solo, que todos los libros son un único libro, que García Márquez es en efecto el demiurgo suplantador de Dios que ofrece para su con-

suelo a los pobres mortales una interpretación hechicera y totalizadora de la existencia humana.

El coronel Aureliano Buendía, su gallo y sus pescaditos de oro, sus innumerables guerras siempre e irremediadamente perdidas, son más reales para mí, a pesar de su leve corporeidad de meras palabras, que multitud de objetos y acontecimientos que mis sentidos pueden percibir; el gitano Melquíades, con su sombrero negro de ala ancha y su cualidad de fantasma se me antoja más cierto, pese a estar hecho tan solo de palabras, que muchas personas que conozco; el amor, primaveral y otoñal, de Florentino Ariza y Fermína Daza, del que únicamente tengo noticias provenientes de una ficción, me parece más intenso que todos mis enamoramientos en la ya lejana adolescencia.

Ya que la vida es Literatura y solamente la Literatura es vida, la muerte, su reverso exacto y necesario, también ha de serlo. ¿O nadie se ha percatado de que García Márquez ha decidido morir en Jueves Santo, como lo haría un personaje de 'Cien años de soledad'? ¿O alguien cree sinceramente que es una casualidad? Yo no, desde luego. Y allá adonde ahora esté, lo imagino sentado frente a su máquina de escribir, dispuesto a contarnos por fin qué vaina es la muerte en ese aplazado segundo tomo de sus memorias que inevitablemente se titulará 'Morir para contarla'. Porque él, al contrario que las estirpes condenadas a cien años de soledad, sí tendrá una segunda oportunidad sobre la tierra